

LA CRISIS Y EL QUEHACER POLITICO DE CLASE EN AMERICA LATINA *

Antonio JUÁREZ**

RESUMEN: América Latina se ha convertido en una pieza clave para la estrategia capitalista de administración de la crisis en favor de los intereses imperialistas, fundamentalmente de los de Estados Unidos. Esta estrategia ha sido instrumentada desde dos vertientes, desde las agencias de desarrollo pro-imperialista como el FMI, BM, BID, etcétera, en términos de la relación Estados imperialistas-Estados dependientes y en el plano de la relación empresa-Estado por las corporaciones trasnacionales. Ambas cuestiones han significado la crisis del poder de disponer de la economía, del poder del Estado, en los países latinoamericanos. La duración de la crisis, la dialéctica de sus contradicciones en América Latina argumentan a favor de la necesidad de un análisis que vaya más allá de sus indicadores económicos, para situarse en el estricto plano del quehacer político, en el que desempeña un papel de suma importancia el movimiento obrero definitorio para la crisis en A. L. y la viabilidad del socialismo.

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menjurjes de última hora, ni con parches que les muden el color de la piel. A la sangre hay que ir, para que se cure la llaga. No hay que estar al remedio de un instante, que pasa con él, y deja viva y más sedienta la enfermedad. O se mete la mano en lo verda-

* Ponencia presentada al II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, abril de 1981.

** Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

dero, y se le quema al hueso el mal, o es la cura impotente, que apenas remienda el dolor de un día, y luego deja suelta la desesperación. No ha de irse mirando como vengan a las consecuencias del problema, y fiar la vida, como un eunuco, al vaivén del azar; hombre es el que le sale al frente al problema, y no deja que otros le ganen el suelo en que ha de vivir y la libertad de que ha de aprovechar. Hombre es quien estudia las raíces de las cosas.

José Martí.

Sobre la cuestión del método de análisis de la crisis

A manera de advertencia sobre la orientación de esta ponencia conviene esclarecer algunas cuestiones; en primer lugar, reconocer, o mejor aún, declarar abiertamente que no se puede ser un observador imparcial de la actual crisis del mundo capitalista. Consecuentemente viene después un segundo problema que consiste en definir los contornos de la crisis, su marco de referencias a escala mundial.

Este marco, este contexto, no puede ser otro que el imperialismo como sistema mundial, a pesar de que los economistas de mercado consideren que imperialismo no es una palabra propia de profesores o que el informe Brandt —cuya aspiración suprema es ser un programa de supervivencia para la humanidad— ignore su existencia a lo largo de las 462 páginas que tiene en su edición en español, lo que significa desubicar a la crisis capitalista, a la crisis imperialista, sacarla de su marco socioeconómico y político; de su marco histórico y teórico, dialéctico si se quiere ser preciso.

Aquí queremos decir una vez más que una tarea bien cumplida por la tradición marxista ha sido demostrar el carácter desigual y combinado de la acumulación capitalista, rasgo característico del proceso de expansión del sistema —proceso único e indivisible— que generó el desarrollo capitalista en algunas regiones del mundo (aquellas en las que hoy se asientan las naciones industrializadas) y el subdesarrollo de las restantes (las que convencionalmente se pueden identificar como las pertenecientes a los países periféricos), proceso que a la altura del imperialismo, fase superior del capitalismo, implicó una situación de dependencia de las economías latinoamericanas respecto de las economías centrales, que sustituyó a las relaciones de colonialismo.

Sobre la cuestión del imperialismo nos parece que debe haber la mayor claridad sobre todo si consideramos que estamos en Cuba, primer país socialista, en el primer territorio libre de América Latina, lo

que es decir: fuera del control del imperialismo; y si finalmente, en cuanto a advertencias toca, declaramos que con Martí creemos que para resolver la crisis en nuestros países hay que *ir a la raíz*.

Introducción al tema

De entre los múltiples y complejos aspectos a observarse, a analizarse, de la crisis económica que azota al conjunto de los países capitalistas, es fundamentalmente interesante examinar la capacidad de respuesta del Estado, en nuestro caso de los Estados latinoamericanos, a esta crisis y a sus efectos. Ello porque a ningún observador atento escapa que la solución que tenga la crisis depende en última instancia de esta capacidad de respuesta del Estado.

De aquí que nuestra primera ocupación sea examinar cómo se ha afectado durante la crisis la capacidad del Estado de decidir sobre la economía. Para fines de nuestro examen, el Estado es el poder de disponer de la economía.¹ Y, obvio es, la capacidad de respuesta, de maniobra, a la que hemos aludido está determinada por condiciones históricas y coyunturales, concretas y específicas, de las relaciones socioeconómicas que definen este poder, en cada uno de los países latinoamericanos.

La década de la crisis en cifras

Según informe del Banco Mundial, durante la década de los setenta el PNB en los países industrializados (República Federal de Alemania, Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Finlan-

¹ Esta concepción proviene de un texto de Pablo González Casanova, quien plantea: El Estado es el poder de disponer de la economía. Ese poder puede basarse en la persuasión, la coerción y la negociación, esto es, en la hegemonía o en la represión, y en la combinación de una y otra. El Estado dispone de aparatos y sistemas de coerción, persuasión y negociación. Tras él se encuentra una malla inmensa de relaciones entre territorios, naciones y clases. Estas últimas revelan ser altamente significativas. Su capacidad de decidir sobre el excedente económico y sobre la plusvalía de un territorio, de una nación y una población es muy grande. Sus relaciones con los aparatos estatales son relaciones nacionales y transnacionales determinantes en la conducta de aquellas por la vía del mercado, la inversión, el financiamiento. Los grandes propietarios, el capital monopólico, la empresa transnacional tienen una influencia decisiva en las tasas de acumulación, en las tasas de explotación, en el uso regional del excedente, con variaciones determinadas en función del poder de empresas, naciones y clases, así como de los propios aparatos estatales, de las propias instituciones sociales, políticas y administrativas del Estado.

dia, Francia, Irlanda, Islandia, Italia, Japón, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelandia, Países Bajos, Reino Unido, Suecia y Suiza) aumentó a razón de un promedio del 3.1% anual, frente al 5% anual en los sesenta.

Las variaciones del crecimiento de los países industrializados en el periodo fueron irregulares y con una acentuada tendencia crítica hacia el final del mismo. De manera casi homogénea, el crecimiento más lento se localizó en el sector manufacturero.

Entre 1970 y 1973, el crecimiento de los países industrializados promedió anualmente 5.1%, para después bajar drásticamente la producción industrial en 1974 y 1975. Más adelante, en los años 1976-78, siguió un crecimiento, calificado de moderado por el Banco Mundial, de 4.2%.

El final del decenio presenció el comienzo de otra época de deterioro de la actividad económica colectiva de los países industrializados. La República Federal de Alemania, Italia y Japón experimentaron un crecimiento razonablemente fuerte en 1979, pero en los Estados Unidos y el Reino Unido el crecimiento fue relativamente débil. Cifras preliminares indican que el crecimiento del PNB de los países desarrollados como grupo disminuyó a 3.3% en 1979, del 3.9% registrado en 1978.

El Banco Mundial consideró que la aminoración de la actividad económica de los países en desarrollo durante los años setenta fue en general leve; el crecimiento global alcanzó un promedio del 5.3% anual en ese periodo, frente al 5.6% anual en el decenio anterior. Se estima que el crecimiento global del PNB en 1979 fue del 4.3%. Como cabría esperar, el crecimiento de los países en desarrollo exportadores de petróleo —Angola, Argelia, Bahrein, Bolivia, Brunei, Congo, Ecuador, Egipto, Gabón, Indonesia, Malasia, México, Nigeria, Omán, Siria, Trinidad y Tobago, Túnez, Venezuela y Zaire— en el decenio de 1970 fue mayor que en los diez años precedentes, de 6.1% frente a 5.5%. Aunque más bajo que el de 5.6% de la década de 1960, el crecimiento global del PNB de los países en desarrollo importadores de petróleo en el decenio de 1970 fue de 5.1%.

Durante estos años el crecimiento de la economía de los países capitalistas dependientes latinoamericanos ocurrió de manera desigual. Brasil más que duplicó su PIB entre 1970-78 al costo de los factores, en dólares de 1970, manteniendo un crecimiento semejante al observado en la década de los sesenta, mientras que la mayoría de los países no pudieron sostener en 1970-78 su ritmo de crecimiento de la década anterior. Entre estos ritmos de crecimiento hubo acentuadas diferencias (véase cuadro 1).

CUADRO 1

PRODUCTO INTERNO BRUTO GLOBAL AL COSTO DE LOS FACTORES

(Millones de dólares a precios constantes de 1970)

<i>País</i>	<i>1960</i>	<i>1965</i>	<i>1970</i>	<i>1978</i>
Argentina	18 789.2	23 275.4	28 686.0	53 540.4
Bolivia	740.3	933.8	1 269.5	1 920.5
Brasil	23 774.3	29 634.1	42 885.4	86 980.3
Colombia	6 767.7	8 489.7	11 216.9	18 055.6
Costa Rica	633.0	812.7	1 139.4	1 839.1
Chile	5 147.4	6 578.3	7 961.4	9 387.2
Ecuador	1 309.7	1 701.7	2 190.1	3 980.7
El Salvador	807.1	1 123.9	1 397.1	2 070.4
Guatemala	1 285.3	1 660.0	2 196.2	3 531.2
Haití	483.6	469.6	514.0	698.1
Honduras	456.6	600.9	733.1	1 019.5
México	22 802.2	32 166.2	44 934.4	66 133.1
Nicaragua	398.3	643.9	776.5	1 080.3
Panamá	595.2	887.3	1 266.2	1 666.0
Paraguay	520.8	661.6	813.0	1 446.9
Perú	4 901.5	6 668.5	8 010.0	10 150.8
República Dominicana	928.5	1 056.9	1 523.3	2 702.9
Uruguay	2 294.6	2 392.3	2 675.8	3 018.5
Venezuela	6 978.1	9 934.9	12 457.3	19 295.4
T O T A L	99 613.4	129 691.7	172 645.6	268 516.9

FUENTE: CEPAL, *Notas sobre la Economía y el Desarrollo de América Latina*, Núm. 334, febrero de 1981, p. 1.

De acuerdo a información del BID, en 1978 el incremento real del producto interno bruto de América Latina, según datos preliminares, fue apenas superior al 4%, cifra que se debe comparar con tasas anuales medias de crecimiento de 4.6% y 4.5% en 1976 y 1977, respectivamente. Estas cifras representan una reducción significativa en relación a las dinámicas tasas de crecimiento alcanzadas por la región en 1968-1974, periodo durante el cual el producto interno bruto combinado de los países latinoamericanos aumentó a una tasa anual media de 7.2%.

La inflación

Un signo ominoso de la crisis fue la inflación, respecto a la cual

AMÉRICA LATINA: VARIACIONES DE LOS PRECIOS AL CONSUMIDOR
(Variación de diciembre a diciembre)

	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979
<i>Países de inflación alta</i>	14.4	15.4	24.5	42.2	45.6	72.0	77.6	49.8	47.5	63.3
Argentina	21.6	39.1	64.2	43.9	40.1	334.9	347.5	160.4	169.8	139.7
Brasil	17.7	18.1	14.0	13.7	33.8	31.2	44.8	43.1	38.1	76.0
Colombia	3.5	14.1	14.0	25.0	26.9	17.9	25.9	29.3	17.8	29.8
Chile	34.9	22.1	163.4	508.1	375.9	340.7	174.3	63.5	30.3	38.9
México	7.8	-0.8	5.6	21.3	20.6	11.3	27.2	20.7	16.2	20.0
Perú	5.7	7.7	4.3	13.8	19.2	24.0	44.7	32.4	73.7	66.7
Uruguay	19.3	35.6	94.7	77.5	107.2	66.8	39.9	57.3	46.0	83.1
<i>Países de inflación moderada</i>	2.8	4.8	7.4	15.1	19.9	10.3	7.7	8.3	10.2	22.0
Barbados	9.2	10.1	10.4	20.0	30.6	12.3	3.9	9.9	11.3	16.8
Bolivia	3.8	3.3	23.6	34.8	39.0	6.0	5.5	10.5	13.5	45.0
Costa Rica	4.3	1.9	6.9	15.9	30.6	20.5	4.4	5.3	8.1	13.2
Ecuador	8.0	6.8	6.9	20.6	21.2	13.2	13.1	9.8	11.8	9.0
El Salvador	1.0	-0.6	5.2	7.9	21.0	15.1	5.2	14.9	14.6	14.8
Guatemala	1.0	0.3	1.1	17.5	27.5	0.8	18.9	7.4	9.1	13.7
Guyana	2.4	1.4	7.1	15.2	11.6	5.5	9.2	9.0	20.0	15.4 ^a
Haití	-0.7	13.3	7.3	20.8	19.5	19.9	-0.1	-1.4	5.5	15.4
Honduras	1.4	1.5	6.8	5.1	13.0	7.8	5.6	7.7	5.4	18.9
Jamaica	7.5	5.2	9.3	9.6	20.6	15.7	8.3	14.1	49.4	18.1
Nicaragua						1.9	6.2	10.2	4.3	70.3
Panamá	2.5	1.0	6.7	9.7	16.7	1.4	4.8	4.8	5.0	10.0
Paraguay	2.3	6.3	9.5	14.1	22.0	8.7	3.4	9.4	16.8	35.7
República Dominicana	-1.3	10.6	8.0	17.2	10.5	16.5	7.0	8.5	1.8	26.2
Trinidad y Tobago	3.3	5.0	8.0	24.4	18.6	13.4	12.0	11.4	8.8	19.5
Venezuela	3.4	3.0	3.5	5.1	11.6	8.0	6.9	8.1	7.0	20.7
<i>América Latina^b</i>	12.2	13.3	21.2	37.0	40.7	59.9	63.9	41.7	40.2	55.2

^a Variación entre noviembre de 1978 y noviembre de 1979.

^b Los totales de América Latina y los parciales de grupos de países, corresponden a las variaciones medias de los países ponderadas por la población en 1970.

FUENTE: CEPAL, *Estudio Económico de América Latina*, 1979, p. 45.

el Banco Mundial reportó: La inflación² en los países desarrollados tal vez se recordará como el flagelo del decenio de 1970. El deflactor en dólares del PIB, que aumentó anualmente en 3.1% en los años sesenta, creció a una tasa anual estimada en 10.1% en el periodo de 1971-79. El promedio de los aumentos anuales del deflactor del PIB correspondió a los decenios de 1960 y 1970, expresado en monedas nacionales y, por lo tanto, inmune a las distorsiones resultantes de las fluctuaciones del dólar de los Estados Unidos frente a otras monedas, fue de 3.4% y 8%, respectivamente. La inflación ya registraba tasas elevadas antes de que ocurriera el primer aumento brusco de los precios del petróleo a fines de 1973; la mayor parte de sus repercusiones se sintió en 1974 y 1975. Después de una breve pausa, la inflación nuevamente se aceleró hacia el final del decenio.

Sin punto de comparación con la inflación registrada en los países industrializados, en América Latina la inflación se levantó a tasas que devastaron los niveles de vida de las masas populares.

La CEPAL registró que en 1979 se generalizaron y aceleraron los procesos inflacionarios en América Latina. En efecto, para el conjunto de la región, el ritmo de aumento de los precios subió desde algo más de 40% en 1978 a 55% en 1979 en tanto que el número de países en que los precios al consumidor se elevaron con mayor rapidez que en el año anterior (17) más que triplicó el de aquellos en los que la inflación perdió intensidad (5).

Naturalmente, las dimensiones del proceso inflacionario fueron muy diversas entre los distintos países. Así, en el conjunto formado por Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Perú y Uruguay —que agrupa a la mayoría de las economías más grandes y desarrolladas de la región y en las cuales las tasas de inflación han sido tradicionalmente altas— el ritmo medio de aumento de los precios al consumidor se elevó de algo menos de 48% en 1978 a 63% en 1979. En las restantes economías de América Latina y el Caribe —en las cuales la inflación entre 1975 y 1978 fue similar a la de los países industrializados— el ritmo de aumento de los precios al consumidor subió, en promedio, de 10% en 1978 a 22% en 1979. Esta última cifra,

² La inflación puede medirse mediante varios índices cuya conveniencia depende del problema que se esté analizando. En el *Informe Anual* del Banco Mundial se utiliza un índice ponderado de los deflatores del PIB de los países industrializados convertido a dólares de los Estados Unidos; un índice ponderado de los deflatores del PIB de los países industrializados expresado en monedas nacionales, y un índice de precios internacionales, es decir, el índice de los precios c. i. f. en dólares estadounidenses de las exportaciones de productos manufacturados de los países industrializados a los en desarrollo.

Ante esta situación crítica y sin poder para superarla autónomamente, los Estados de estos países, sin importar su matiz en el ejercicio de la dominación social y política de clase que le es inherente, hubieron de seguir las pautas dictadas por el FMI para superar la crisis.

Estas pautas son: devaluación del tipo de cambio; liberación cambiaria, comercial y de controles y precios internos; control de salarios (léase congelación), además de una política de contracción de la demanda agregada, instrumentada a través de políticas monetarias, fiscales y de financiamiento externo e interno abiertamente contrarias a los intereses de las masas populares.

En resumen, una conclusión a la que podemos arribar es que la crisis actual abarca al poder de disponer de la economía, es decir, al Estado. Esto es válido aun para México si se considera que a pesar de su riqueza petrolera, la «recuperación» de su economía fue pausada desde fuera por el FMI, en perjuicio de las prioridades del desarrollo social.⁴

Las corporaciones transnacionales y los límites del poder del Estado en América Latina

Otra limitante del poder de disponer de la economía de los países dependientes latinoamericanos frente a la crisis es la relación que existe entre este poder y el de las corporaciones transnacionales (CT).

De un lado los países dependientes se ven sometidos a las políticas de estabilización del FMI que hemos descrito. Tales políticas están al servicio de las CT; la congelación de salarios y la liberación de precios son medidas que favorecen excepcionalmente la tasa de ganancia de las CT. Y cabe anotar que en la década de los setenta el FMI sólo impuso estas políticas de austeridad a los países dependientes, disponiendo sus economías en provecho de las CT.

Por otra parte, del lado de las CT encontramos que si a éstas las concebimos como una economía —comparadas sus tasas de crecimiento y los recursos que manejan a escala mundial con el PNB de los países—, constituyen la tercera economía más grande del mundo, después de la de Estados Unidos y la Unión Soviética.

⁴ Si bien en los últimos dos años México ha tenido altas tasas de crecimiento —merced al petróleo y a la explotación de los trabajadores petroleros— la inflación, el desempleo, la deuda externa y el déficit en balanza de pagos continúan jaqueando su economía.

Anotemos además que esta economía, la de las CT, tiene códigos y leyes propias que las colocan, en los hechos, fuera del control de cualquier Estado capitalista dependiente latinoamericano.

Hasta hoy ningún gobierno, en ningún país capitalista dependiente, ha podido siquiera modular la operación de las CT; mejor enunciada esta relación podría decir que hasta hoy todos los gobiernos de países dependientes, sin ninguna excepción, instrumentan planes de crecimiento dentro de las pautas que imponen las CT. Esto es vigente lo mismo en la industria que en el comercio o los servicios. Y en los últimos años en la agricultura.

Un reconocimiento de esta realidad lo hizo recientemente Kenneth K. S. Dadzie, director general de Desarrollo y Cooperación Técnica Internacional de la ONU y representante personal del secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, al sexto periodo de sesiones de la Comisión de Empresas Transnacionales que se llevó a cabo en la ciudad de México en junio de 1980.

Refiriéndose a las actividades de las transnacionales, el señor Dadzie expresó que:

el reordenamiento de las relaciones entre esas corporaciones y los países en desarrollo así como la contribución de esas empresas al desarrollo de los países en desarrollo, constituyen la esencia misma del Nuevo Orden Económico Internacional.

Las transnacionales disponen de una capacidad masiva en casi todos los sectores; y sus actividades en el comercio, en la banca, en las inversiones, o como suministradores de tecnología tienen importantes ramificaciones y repercuten tanto en la economía mundial como en la economía de los países en desarrollo.

Y más adelante, el señor Dadzie planteó en su discurso que:

el fortalecimiento de las transnacionales las ha hecho muy poderosas y que esto a veces ha llevado a situaciones de conflicto y confrontación con los países en desarrollo. Por lo tanto, es necesario que los países en desarrollo reciban adiestramiento y queden equipados para tratar adecuadamente con las transnacionales desde una posición que les permita encauzar la capacidad de esas empresas para su desarrollo de acuerdo con sus propias prioridades y necesidades y en línea con sus propios objetivos [ONU].

La Comisión Brandt informa que estas corporaciones son muy importantes en la política económica mundial, ya que controlan entre la

Ante esta situación crítica y sin poder para superarla autónomamente, los Estados de estos países, sin importar su matiz en el ejercicio de la dominación social y política de clase que le es inherente, hubieron de seguir las pautas dictadas por el FMI para superar la crisis.

Estas pautas son: devaluación del tipo de cambio; liberación cambiaria, comercial y de controles y precios internos; control de salarios (léase congelación), además de una política de contracción de la demanda agregada, instrumentada a través de políticas monetarias, fiscales y de financiamiento externo e interno abiertamente contrarias a los intereses de las masas populares.

En resumen, una conclusión a la que podemos arribar es que la crisis actual abarca al poder de disponer de la economía, es decir, al Estado. Esto es válido aun para México si se considera que a pesar de su riqueza petrolera, la «recuperación» de su economía fue pausada desde fuera por el FMI, en perjuicio de las prioridades del desarrollo social.⁴

Las corporaciones transnacionales y los límites del poder del Estado en América Latina

Otra limitante del poder de disponer de la economía de los países dependientes latinoamericanos frente a la crisis es la relación que existe entre este poder y el de las corporaciones transnacionales (CT).

De un lado los países dependientes se ven sometidos a las políticas de estabilización del FMI que hemos descrito. Tales políticas están al servicio de las CT; la congelación de salarios y la liberación de precios son medidas que favorecen excepcionalmente la tasa de ganancia de las CT. Y cabe anotar que en la década de los setenta el FMI sólo impuso estas políticas de austeridad a los países dependientes, disponiendo sus economías en provecho de las CT.

Por otra parte, del lado de las CT encontramos que si a éstas las concebimos como una economía —comparadas sus tasas de crecimiento y los recursos que manejan a escala mundial con el PNB de los países—, constituyen la tercera economía más grande del mundo, después de la de Estados Unidos y la Unión Soviética.

⁴ Si bien en los últimos dos años México ha tenido altas tasas de crecimiento —merced al petróleo y a la explotación de los trabajadores petroleros— la inflación, el desempleo, la deuda externa y el déficit en balanza de pagos continúan jaqueando su economía.

Anotemos además que esta economía, la de las CT, tiene códigos y leyes propias que las colocan, en los hechos, fuera del control de cualquier Estado capitalista dependiente latinoamericano.

Hasta hoy ningún gobierno, en ningún país capitalista dependiente, ha podido siquiera modular la operación de las CT; mejor enunciada esta relación podría decir que hasta hoy todos los gobiernos de países dependientes, sin ninguna excepción, instrumentan planes de crecimiento dentro de las pautas que imponen las CT. Esto es vigente lo mismo en la industria que en el comercio o los servicios. Y en los últimos años en la agricultura.

Un reconocimiento de esta realidad lo hizo recientemente Kenneth K. S. Dadzie, director general de Desarrollo y Cooperación Técnica Internacional de la ONU y representante personal del secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, al sexto periodo de sesiones de la Comisión de Empresas Transnacionales que se llevó a cabo en la ciudad de México en junio de 1980.

Refiriéndose a las actividades de las transnacionales, el señor Dadzie expresó que:

el reordenamiento de las relaciones entre esas corporaciones y los países en desarrollo así como la contribución de esas empresas al desarrollo de los países en desarrollo, constituyen la esencia misma del Nuevo Orden Económico Internacional.

Las transnacionales disponen de una capacidad masiva en casi todos los sectores; y sus actividades en el comercio, en la banca, en las inversiones, o como suministradores de tecnología tienen importantes ramificaciones y repercuten tanto en la economía mundial como en la economía de los países en desarrollo.

Y más adelante, el señor Dadzie planteó en su discurso que:

el fortalecimiento de las transnacionales las ha hecho muy poderosas y que esto a veces ha llevado a situaciones de conflicto y confrontación con los países en desarrollo. Por lo tanto, es necesario que los países en desarrollo reciban adiestramiento y queden equipados para tratar adecuadamente con las transnacionales desde una posición que les permita encauzar la capacidad de esas empresas para su desarrollo de acuerdo con sus propias prioridades y necesidades y en línea con sus propios objetivos [ONU].

La Comisión Brandt informa que estas corporaciones son muy importantes en la política económica mundial, ya que controlan entre la

tercera y cuarta parte de la totalidad de la producción mundial y están especialmente comprometidas en las labores de procesamiento y mercadeo. Las ventas totales a sus filiales extranjeras se calcularon en 1976 en US\$ 830 mil millones, cifra similar al PNB de todos los países en desarrollo, excluyendo los productores de petróleo.

La misma Comisión Brandt informa sobre las operaciones de las *cr* en los países dependientes, con datos especialmente interesantes para América Latina: En 1975, el capital total de inversión extranjera en los países en desarrollo fue de US\$ 68 mil millones, o sea la cuarta parte de la inversión extranjera mundial. Los flujos anuales durante la mitad de la década del 70 fueron aproximadamente de US\$ 8 mil millones, cifra que equivale al 12 por ciento del flujo total de recursos al Tercer Mundo. La inversión extranjera se mueve dentro de un número limitado de países en desarrollo, especialmente dentro de los que ofrecen estabilidad política y un ambiente económico apropiado, incluso incentivos tributarios, mercados amplios, mano de obra barata, facilidad de acceso al petróleo y a otros recursos naturales. La inversión puramente financiera se ha localizado en los refugios tributarios de los países en desarrollo, enumerados así por la ONU: Bahamas, Barbados, Bermudas, las Islas Caimán, las Antillas Holandesas y Panamá. El 70% del resto de la inversión en los países del Tercer Mundo se hizo únicamente en 15 países. Más del 20% en Brasil y México y el saldo en países de medianos ingresos en Latinoamérica, en Argentina, Perú y Venezuela, o en el Sudeste de Asia, en Malasia, Singapur y Hong Kong, y aproximadamente una cuarta parte en los países en desarrollo exportadores de petróleo.

En torno a la cuestión del control que los gobiernos de países dependientes —en desarrollo, según lenguaje de la Comisión Brandt— pueden ejercer sobre las *cr* el informe reconoce que las corporaciones actúan al margen de cualquier control real en cuanto que gran parte del comercio internacional de estas compañías se desarrolla dentro de sus propias organizaciones, entre la casa matriz y sus filiales; este importante comercio «inter-firma», de acuerdo con un estudio reciente, representa el 30% de todo el comercio mundial. También se efectúan muchas otras transacciones entre las partes de estas empresas, como por ejemplo el otorgamiento de préstamos, tecnología y servicios. En todas estas negociaciones se pueden convenir precios de transferencia, diferentes de los que habrían fijado firmas independientes obrando con entera libertad. Estas diferencias pueden utilizarse para transferir las utilidades de países con impuestos altos a otros con un régimen tributario más favorable, para evitar controles de precios o de cambio e impuestos de aduana.

El comercio «inter-firmas» también le da a las corporaciones la posibilidad de imponer, dentro de su propia organización, prácticas restrictivas a los negocios, limitar las exportaciones de sus afiliadas, asignar los mercados entre las naciones y restringir el uso de su tecnología o la desarrollada por sus filiales. Estas prácticas, si bien favorecen los intereses comerciales de las compañías, pueden oponerse a los objetivos de desarrollo y a los intereses nacionales de los países anfitriones [Brandt].

Contra este fondo la condición de supremacía en el proceso de acumulación capitalista, de reproducción del sistema si se quiere ser riguroso, a escala mundial de las *cr* y su desafío, su avance al y sobre el poder del Estado son indisputables. Durante los años de crisis esta situación se acentúa en los países dependientes.

La crisis del petróleo y de los alimentos

Un primer plano de la relación entre las *cr* y los Estados latinoamericanos durante la crisis corresponde al del petróleo y de los alimentos. Ningún país latinoamericano es autosuficiente en energéticos y alimentos; se dan casos de países exportadores de petróleo como los de Bolivia, Ecuador, Trinidad-Tobago y Venezuela pero con insuficiencia alimentaria que los obliga a la importación.

En el resto de los países de la región también se precisan importaciones de petróleo y/o alimentos. Esto implica otra desventaja de los gobiernos latinoamericanos frente a las *cr* en la crisis.

Dos grandes temas de la crisis económica que afecta al sistema capitalista mundial desde fines de los años sesenta son energéticos y alimentos.⁵ Estos componentes de la crisis no lo son en tanto escasez absoluta de ellos sino, obvio es, existen como tales, como elementos de la crisis, en relación al estilo de desarrollo impuesto para la reproducción mundial del sistema por las potencias imperialistas, fundamentalmente los Estados Unidos de Norteamérica, e instrumentado a escala mundial por las *cr* [Villarespe].

En el área de la producción y comercialización del petróleo y los alimentos durante los años de crisis las *cr* han mostrado un poder fuera de toda sospecha.

En enero de 1980 la Exxon estableció un record al declarar ganancias para 1979 por 4.26 miles de millones de dólares sobre in-

⁵ La problemática alimentaria en el caso de la URSS y otros países socialistas debe ser considerada dentro de marcos que no son los de esta ponencia.

gresos brutos por 84.35 miles de millones de dólares. El monto de las ganancias obtenidas por la Exxon en 1979 alcanzaría para pagar 30 veces la deuda externa, pública y privada, de todos los países latinoamericanos correspondiente a ese año [Simon y Schuster].

Esta situación muestra algo que no por obvio deja de ser real: la capacidad de recursos económicos de las *cr* petroleras frente a la de los países dependientes durante la crisis establece una relación de enorme prosperidad para las corporaciones petroleras ante las cada vez más deficitarias finanzas públicas.

Aun cuando las corporaciones que operan en el negocio de los alimentos no pueden compararse en tamaño y recursos a las grandes transnacionales del petróleo y de la industria automotriz, se estima que en 1977 eran cien los grupos que controlaban casi la mitad de la producción alimentaria mundial, alcanzando sus montos de operación los 145 mil millones de dólares. De esos cien, cuarenta y ocho firmas eran norteamericanas y realizaban casi dos tercios de los montos de operación, es decir unos 96.6 mil millones de dólares. Empero, se ha calculado que en el año de 1980, cuatro o cinco firmas sobrepasarán los 5 mil millones de dólares anuales en sus montos de operación; y para 1985 quince grupos (o firmas) realizarán cada uno una cifra promedio de 10 mil millones de dólares de operaciones. En 1985, un total de noventa a cien firmas agroalimentarias deberán concretar por sí mismas alrededor del 50% de la producción agroalimentaria mundial mientras que las diez primeras firmas asegurarán un quinto de esta producción [Garreau].

En el caso de las transnacionales alimentarias su poder reside más que en el monto de sus recursos, que es grande, en la importancia estratégica que comporta su dominación del esquema alimentario mundial.

Sin embargo sería en extremo unilateral plantear que la crisis no ha afectado a las *cr*. Un caso interesante a América Latina es el de la industria automotriz; las corporaciones automotrices norteamericanas con déficits de ventas en Estados Unidos como la General Motors y la Chrysler operan con pingües ganancias en México y es un hecho que se ha iniciado una estrategia de recuperación de la industria automotriz mundial. Esta reestructuración contempla como elementos cruciales a los principales centros productores de América Latina: Argentina, Brasil y México [Marini y Juárez].

En resumen, podemos apuntar que con el correr del tiempo y de la crisis América Latina se ha convertido en una pieza clave para la estrategia capitalista de administración de la crisis en favor de los intereses imperialistas, fundamentalmente de los Estados Unidos.

Esta estrategia ha sido instrumentada desde dos vertientes, desde las agencias de desarrollo proimperialista como el FMI, BM, BID, etcétera, en términos de la relación de Estados imperialistas-Estados dependientes y en el plano de la relación empresa-Estado por las *cr*.

Ambas cuestiones han significado la crisis del poder de disponer de la economía en los países latinoamericanos.

Para una lectura de la crisis

Un consecuente nivel de análisis de la crisis después de recorrer sus números, sus cifras, sus indicadores económicos, es dilucidar en qué consiste la crisis. Pero antes de instalarnos en este punto de análisis es necesaria una advertencia. La condición científica del análisis de la crisis implica sustraerse a la «cultura económica de la crisis» que han propalado por todos los medios a su alcance, medios que por cierto son muchos y muy poderosos, las agencias financieras y de desarrollo proimperialistas como el Banco Mundial; el FMI; el BID, etcétera.

Esta advertencia era importante porque la más difundida de las interpretaciones del «análisis» que de la crisis hacen estas agencias plantea que ésta se da básicamente por problemas coyunturales, relacionados con el hecho de que en 1972-73 llega a su fin cierta alternancia de ciclos económicos nacionales de los países industrializados. La expansión simultánea en todos los grandes países ha provocado una demanda excepcional de materias primas industriales engendrando alzas formidables en el precio del zinc, caucho, cobre, plomo pero sobre todo del petróleo. Colocar al petróleo como pieza crucial de estas alzas por su carácter estratégico y culpar de la crisis a la OPEP ha sido un solo movimiento en el tablero imperialista.

Una segunda explicación de la crisis mucho más elaborada, con cuestionamientos al actual orden económico impuesto por el imperialismo norteamericano desde la posguerra y con fuertes pugnas interimperialistas, es la financiera o del desorden monetario.

Los hitos que esta explicación recorre son: los acuerdos de Bretton Woods y la creación del FMI y del Banco Mundial; la declinación de la libra esterlina; la convertibilidad de las divisas europeas y el acuerdo de Roma (1957-58); el *pool* del oro y el grupo de los diez: la defensa del dólar por Estados Unidos ante su crisis monetaria (1963-68); el doble mercado del oro (1968); la crisis de las divisas europeas (1967-69); la creación de los derechos especiales de giro (1969).

Y ya como las más evidentes manifestaciones de la crisis del sistema financiero internacional, los hitos son: la ruptura del esquema de Bretton Woods por Nixon y los acuerdos de reformas al sistema monetario internacional por el grupo de los veinte (1972); el intento de creación de una zona «marco» (1972-1974); el petróleo y la crisis monetaria (1973-74); la expansión del mercado de eurodivisas y los centros financieros internacionales (1974-78); la segunda enmienda al convenio del FMI (1978); el sistema monetario europeo (1978); mecanismos de sustitución del dólar como divisa por una combinación de éste y monedas europeas y el boom del oro en los últimos años [Colmenares].

Algunas otras reflexiones en torno a la crisis, con la misma inspiración ideológica de las anteriores no dejan de considerar la relación existente entre el alto desarrollo actual de la ciencia y la tecnología y su aplicación a la producción, y el desempleo y la pérdida de rentabilidad del capital para explicar la crisis.

Pero resumidamente, tan resumidamente como obliga la extensión fijada a esta ponencia, éstas son las bases sobre las que levantan su concepción de la crisis los economistas de mercado.

Esta concepción ignora el concepto mismo de crisis, ignorancia que desde luego no es inocencia. Se trata de postular causas de la crisis que justifiquen su solución en favor de cambios para conservar al imperialismo como sistema mundial.

Se trata de esconder que lo que está en crisis es el mundo de la plusvalía —un sistema de explotación— porque, ¿quién puede objetivamente negar que la razón última y primera de la crisis es la tendencia decreciente de la tasa de ganancia?

En esta línea de análisis —la que considera en crisis a la exacción de plusvalía— se gana en lucidez, en integridad intelectual pero creemos que no es suficiente. Sin menospreciar los importantes aportes que algunos marxistas han hecho al estudio de la crisis, como los que siguen a Kondratiev, por ejemplo, pensamos que no son suficientes para entender la crisis y cómo se resolverá ésta.

La actual crisis guarda importantes diferencias con la del 29; su manifestación formal no ha sido bursátil; se ha dado el nuevo fenómeno de la *stagflation*; ocurre en un contexto en que el Estado poskeynesiano estaba, por lo menos en hipótesis de trabajo, prevenido para evitar la crisis; existen las corporaciones trasnacionales, etcétera. Pero las diferencias más importantes para nosotros son la existencia de los países socialistas y, para el caso que nos ocupa, Latinoamérica, la presencia de una clase obrera capaz de incidir en la crisis, cuestión que trataremos más adelante.

Por fin de este apartado y a manera de síntesis de lo que hasta aquí hemos expuesto, planteamos la idea, la noción de crisis que a nuestro juicio la describe a suficiencia y de la que es autor Pablo González Casanova.

Toda crisis implica una agudización de luchas y un reacomodo de fuerzas. Dicho de otro modo, toda crisis supone una «concentración de contradicciones», nacionales y de clase, políticas y económicas, ideológicas y represivas. Por lo general concluye en fenómenos de conquista y liberación de territorios, en nuevas formas de participación y poder de unas clases o facciones a expensas de otras, en la instauración de sistemas políticos más democráticos o más autoritarios, más populares o más oligárquicos, más proletarios o más burgueses; en fenómenos de expropiación, nacionalización y socialización de capitales o de mayor concentración del capital monopólico; en el surgimiento de nuevas formas hegemónicas de gobierno y persuasión de las masas, o la aplicación de medidas sistemáticamente represivas con «estados de excepción» permanente [González Casanova].

El quehacer político y la crisis en América Latina

La duración de la crisis y la dialéctica de sus contradicciones en América Latina argumentan a favor de la necesidad de un análisis que vaya más allá de sus indicadores económicos si se quieren conocer las posibilidades reales de su superación en nuestros países. La matriz de las condiciones materiales de la formación socioeconómica dependiente latinoamericana ha sido de tal modo afectada por la crisis que el análisis y las respuestas a la misma deben transitar del plano de «lo económico» o economicista al estricto plano del quehacer político.

En los setenta la crisis ha radicalizado las contradicciones generadas por el ejercicio del poder político del Estado, poder de clase. Una de ellas, interesante al tema de esta ponencia es la que encierra la relación clase obrera-corporaciones trasnacionales-Estado nacional. Esta relación ya la hemos analizado ampliamente en otro texto⁶ y aquí sólo la consideramos para mostrar la crisis del poder de disponer de la economía en los países capitalistas dependientes latinoamericanos.

Cada vez que en nuestros países la clase obrera se levanta contra las corporaciones trasnacionales, contra las corporaciones imperia-

⁶ Véase Antonio Juárez, *Las corporaciones trasnacionales y los trabajadores mexicanos*, Siglo XXI, México, 1979.

listas, el Estado nacional la reprime «nacionalmente». Este servicio que el Estado nacional hace a las corporaciones imperialistas es vital para el poder que éstas han logrado en América Latina.

La contradicción se establece cuando simultáneamente a esta represión con la que el Estado nacional colabora sustancialmente a engrandecer el poder de las corporaciones, este mismo Estado nacional ve jaqueada su capacidad de negociación; su capacidad de maniobra frente a las corporaciones imperialistas —frente al imperialismo si se quiere ser directo— merced al poder que él mismo colabora a desarrollar.

Así, el Estado nacional disminuye por sí mismo, en el estricto plano de su quehacer político, su capacidad de respuesta a la crisis frente al imperialismo, situación que deja a los gobiernos latinoamericanos —civiles o militares— en la disyuntiva de seguir subordinados a la política económica de crisis del imperialismo, la que cada vez más agudiza las contradicciones sociales, tornando cada vez más ingobernable la crisis en cualquier país. O bien, afectar el poder del imperialismo, desde el interior de cada uno de los países latinoamericanos haciendo real la retórica nacionalista de su discurso político.

Esto último significaría tomar los mandos de la economía con el fin de gobernar la crisis de acuerdo a las prioridades del desarrollo social de cada país, tarea que precisaría de la ejecución de una estrategia de nacionalizaciones en la industria, la agricultura, los servicios, la banca y el comercio. Es evidente que de manera sustancial estos sectores de la economía se encuentran en manos del gran capital financiero, representado en nuestros países por la asociación de la gran burguesía nativa con la burguesía transnacional.

Cualquiera de estas dos alternativas amenaza la relación de dominación social y política que la burguesía y su Estado han ejercido hasta la fecha hacia los trabajadores, situación que será determinada, en última instancia, por la que puede ser la alternativa proletaria a la crisis en América Latina.

El movimiento obrero, una fuerza en ascenso en América Latina

Después de los años sesenta es posible apreciar al interior de la sociedad de masas latinoamericanas la existencia de un proletariado industrial moderno con origen fundamental en el proceso de industrialización desplegado por las corporaciones imperialistas en esos años. Con el correr del tiempo y de la crisis estas capas modernas del

proletariado industrial de nuestros países han tenido importancia creciente en las luchas de la clase obrera latinoamericana.

Ruy Mauro Marini acota: Una mirada superficial a las luchas sociales de los últimos años en América Latina nos muestra la importancia del papel que desempeña allí el movimiento obrero:

- 1) Porque su presencia en esos procesos se ha acentuado de manera generalizada e incide en prácticamente todos los países de la región.
- 2) Porque protagoniza movimientos de gran envergadura; basta mencionar las huelgas metalúrgicas que se suceden en Brasil desde 1977 o las seis huelgas generales que, en tres años, ha realizado la clase obrera peruana.
- 3) Porque tiende a convertirse en el centro de las luchas reivindicativas y democráticas de las amplias masas, que adoptan las formas de lucha propias del movimiento obrero, como la huelga, y en muchos casos se unen a él en manifestaciones de carácter nacional, como las ya citadas huelgas generales peruanas, las que se han realizado en Bolivia y El Salvador, los paros cívicos de Colombia.
- 4) Porque esa presencia creciente del movimiento obrero en la vida social latinoamericana:
 - a) se vincula a la renovación de cuadros y dirigentes que se viene realizando en su seno;
 - b) se proyecta en fenómenos políticos de nuevo corte, ya sea renovando y revitalizando a las fuerzas de izquierda, como pasa en Centroamérica, ya sea abriendo perspectivas a formas novedosas de organización, como está ocurriendo en Brasil, y finalmente,
 - c) replantea en el plano ideológico la cuestión del socialismo, tanto en sus formas revolucionarias (El Salvador), como en las socialdemócratas [Marini].

A este planteamiento sólo habría que agregar, para subrayarlo, la huelga de los mineros chilenos en El Teniente y que hoy en ese país latinoamericano la clase obrera resiste la brutal dictadura chilena organizándose para pasar a la ofensiva.

En México a partir de 1974 miles de obreros, sobre todo de las ramas más modernas y dinámicas de la industria, cuestionan con la huelga por mejoras salariales y por la democracia sindical el control

que sobre la clase obrera ejerce la burocracia sindical oficialista apoyada por el Estado.

En 1980, por ambas reivindicaciones los trabajadores de General Motors mantuvieron su huelga durante 105 días.

Esta realidad concreta del movimiento obrero, su fuerza en ascenso en toda Latinoamérica, obliga a considerar su papel en la crisis, más aún a plantear la que puede ser la alternativa proletaria a la crisis.

Cabe agregar que, como hemos expuesto páginas atrás, la superación capitalista de la crisis prevé un redespiegue industrial, en el cual América Latina, sus trabajadores, constituyen una pieza clave en términos de la recuperación de la tasa de ganancia lo que no significa sino mayor exacción de plusvalía. De aquí que plantear la alternativa proletaria a la crisis aparece como una necesidad acuciante si se quiere evitar la prolongación del deterioro en las condiciones de vida de la clase obrera y su superexplotación.

Las condiciones y requerimientos de la alternativa proletaria a la crisis

- 1) La sociedad de masas latinoamericanas no está constituida por masas indiferenciadas. Hacia su interior se encuentran clases sociales, fracciones, estratos, capas, con características específicas: históricas, nacionales, en cada país.

En la actual crisis es posible apreciar en casi todos los países que integran la formación socioeconómica latinoamericana la presencia cabal —en la estructura económica y en el quehacer político— de las dos clases torales del capitalismo: la burguesía y el proletariado industrial.

- 2) En el caso de la burguesía, la hegemonía corresponde a la fracción monopólica proimperialista. Mientras que del lado del proletariado el comando en la lucha de clases es asumido en gran medida por las capas más modernas del proletariado industrial, con origen fundamental en el despliegue industrializador de los años sesenta, inducido por las corporaciones transnacionales.

Nunca antes como en la presente crisis carece de sentido englobar al conjunto de las clases sociales latinoamericanas en los conceptos de pueblo, nación, país, etcétera. Sin diferenciar la existencia de clases sociales y —lo que es definitorio de las alternativas para remontar la crisis— de intereses de clase.

La solución a la crisis estará dictada no por el interés «nacional» o del «pueblo» sino por el interés de la clase social que imponga su proyecto histórico.

- 3) En los hechos una política de nacionalizaciones y el cese de la subordinación a las políticas de crisis imperialistas por parte de los gobiernos latinoamericanos minaría las bases mismas sobre las que se asienta la relación de dominación social y política de clase, ejercida por el Estado capitalista dependiente en América Latina. Lo cual sería una incongruencia histórica.
- 4) La crisis —con la inflación, el desempleo, el endeudamiento externo, etcétera— ha dañado a tal punto la matriz de las condiciones materiales de la formación socioeconómica latinoamericana que torna inviable una solución capitalista, lo que es decir imperialista, sin agudizar aún más el proceso de deterioro, de erosión, de destrucción, de las condiciones de vida de los trabajadores.

Por lo que la única posibilidad de sobrevivencia cabal —socioeconómica y política— para la clase obrera, y en general para las masas de trabajadores de la ciudad y del campo, es imponer su alternativa a la crisis. Esta alternativa no puede ser otra que el socialismo.

- 5) En general —y con este término queremos significar que no descartamos ningún camino— la alternativa proletaria, el socialismo, no será viable sino a condición de que la clase obrera sea capaz de lograr la hegemonía en las luchas sociales que hoy se libran a todo lo largo y ancho de América Latina, en el contexto de la crisis.

Cabe explicitar que la hegemonía de la clase obrera en las luchas sociales no significa desconsiderar forma alguna de lucha antimperialista, anticapitalista, sino organizarlas y dirigir las.

El espectro de posibilidades de lucha del proletariado en el continente muestra desde la huelga de fábrica hasta la lucha político-militar. Sin lugar a dudas ninguna debe magnificarse ni desdeñarse.

- 6) Para conquistar la hegemonía la clase obrera tendrá que dejar atrás el localismo, el economicismo y el reformismo que han improntado la mayoría de sus combates en el periodo de crisis. Esto implica imaginar una amplia diversidad de alianzas y frentes de lucha, de acuerdo a las condiciones específicas de cada país, es decir, dar una solución concreta a cada situación concreta de enfrentamiento con el capital, con el imperialismo.

El doble carácter de la lucha proletaria, nacional e internacional, puede propiciar también alianzas de clase con los trabajadores de los países imperialistas, en el marco que de la integración imperialista de los sistemas de producción a nivel mundial hacen las corporaciones transnacionales. Estas alianzas podrían contrarrestar las políticas imperialistas de crisis aplicadas contra la clase obrera en todo el mundo.

Este carácter internacional de la lucha proletaria puede también generar formas regionales de organización en el continente: una central de trabajadores latinoamericanos por el socialismo, lo que reforzaría a la clase a escala regional y en cada país.

Resumiendo para concluir, las tareas para conquistar la hegemonía e imponer la alternativa proletaria a la crisis, el socialismo, reclaman de la clase obrera que ésta asuma en toda su riqueza teórica, estratégica y táctica el marxismo-leninismo.

Por lo demás, si alguien tuviera alguna duda científica sobre la posibilidad del socialismo latinoamericano, la Revolución Cubana, como realidad, como el centro de la nueva historia de América Latina y Nicaragua en transición y El Salvador como promesa, representan concreta y objetivamente la viabilidad del socialismo en nuestros países.

BIBLIOGRAFÍA

- Brandt, Willy. *Norte Sur, Un Programa para la Supervivencia*, Informe de la Comisión, Ed. Pluma, Bogotá, 1980.
- Banco Mundial. *Informe Anual*, 1980.
- Banco Interamericano de Desarrollo. *Informe Anual*, 1979.
- CEPAL. *Estudio Económico de América Latina*, 1979.
- . *Notas sobre la Economía y el Desarrollo de América Latina*, núm. 334, febrero de 1981.
- Colmenares Páramo, David. "20 Hitos de la Crisis Financiera Internacional", *Economía de América Latina*, semestre núm. 4, marzo de 1980.
- Garreau, Gérard. *El negocio de los alimentos*, Ed. Nueva Imagen, México, 1980.
- González Casanova, Pablo. "La Crisis del Estado y la Lucha por la Democracia en América Latina", ponencia inaugural del 13o. Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Panamá, del 19 al 23 de noviembre de 1979.
- González Quiñones, Fernando. "Empleo y Desarrollo en América Latina", ponencia presentada al 6o. Congreso Mundial de Economistas.
- Juárez, Antonio. *Las corporaciones transnacionales y los trabajadores mexicanos*, Siglo XXI, México, 1979.
- Le Monde. Bilan Economique et Social 1980*, La Reclute, enero de 1981.

- Marini, Ruy Mauro. Notas para el seminario "Características y Tendencias del Movimiento Obrero Contemporáneo en América Latina", SEPLA (Seminario Permanente sobre Latinoamérica), 1980.
- Marini, Ruy Mauro y Antonio Juárez. *La estrategia de la reestructuración de la industria automotriz mundial y sus repercusiones en los principales centros productores de América Latina: México, Brasil y Argentina en el periodo 1976-80*. Proyecto conjunto de investigación CIDAMO-Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1980.
- ONU. *Boletín de Prensa*, México, D. F., 23 de junio de 1980.
- Schydrowsky, David M. "El Potencial de Generación de Empleo en el Corto Plazo de la Capacidad instalada en América Latina", ponencia presentada al 6o. Congreso Mundial de Economistas.
- Simon y Schuster. *Information Please Almanac*, 1981.
- Villarespe, Verónica. *La operación del capital monopolista en algunas clases de actividad de la industria alimentaria con particular énfasis en cereales y granos básicos*, proyecto de investigación para el Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1980.
- Vuskovic, Pedro. "El Desafío del Empleo", I, ponencia presentada al 6o. Congreso Mundial de Economistas.
- Revista *Contextos*, año 2, núm. 5, 5-11 de febrero de 1981.

SUMMARY: Latin America has become a key piece in administering the world economic crisis in favor of imperialist interests, particularly the U.S. This strategy is exercised in two manners: on the one hand, through pro-imperialist development agencies such as the World Bank and the IMF, in terms of the relationship between imperialist States dependent nations, and on the other, in the relationship between dependent State and private business, through the multinational corporations. Both have led to a crisis of State power over the direction of the economy in Latin America. The duration of the crisis and its contradictions in Latin America argue in favor of an analysis which steps beyond

RÉSUMÉ: L'Amérique Latine est devenu la pièce maîtresse de la stratégie capitaliste de gestion de la crise au profit des intérêts impérialistes, surtout ceux des Etats-Unis. Cette stratégie a été mise en oeuvre par les agences de développement proimpérialistes tels que le Fond Monétaire International, la Banque Mondiale, la Banque Interaméricaine de Développement, etc. au niveau des rapports Etats impérialistes-Etats dépendants et par les entreprises multinationales au niveau du rapport entreprise-Etat. Les deux aspects de cette stratégie ont conduit à la crise du pouvoir de contrôler l'économie, du pouvoir d'Etat dans les pays latino-américains. La durée de la crise, la dialectique de ses contradictions

mere economic indicators and into the political realm, where organized labor plays an important role in defining the outcome.

en Amérique Latine prouvent le besoin d'une analyse qui aille au-delà des indicateurs économiques, afin de se placer tout court au niveau de la stratégie politique, au sein de laquelle le mouvement ouvrier joue un rôle de grande importance, un poids décisif pour la crise en Amérique Latine et la viabilité du socialisme.